

J. L. TEJADA S.

Historia y evolución del  
liberalismo en Bolivia

---

(DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO MUNICIPAL DE  
LA PAZ, EL 4 DE NOVIEMBRE DE 1931, CONMEMORANDO EL  
CENTENARIO DEL MAYOR GENERAL ELIODORO CAMACHO,  
FUNDADOR DEL PARTIDO LIBERAL)

FB  
324.2  
T253h

---

LA PAZ - IMPRENTA ARTISTICA  
1931

00976

UNIVERSIDAD BOLIVIANA  
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS  
BIBLIOTECA CENTRAL  
La Paz — Bolivia

FB  
327.2  
T 253 h

J. L. TEJADA S.

# Historia y evolución del liberalismo en Bolivia

(DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO MUNICIPAL DE  
LA PAZ, EL 4 DE NOVIEMBRE DE 1931, CONMEMORANDO EL  
CENTENARIO DEL MAYOR GENERAL ELIODORO CAMACHO,  
FUNDADOR DEL PARTIDO LIBERAL)

LA PAZ - IMPRENTA ARTISTICA

1931

Inventario No. 000043

27-IX-84



---

---

Señoras, Señores:

El Comité Nacional del Partido Liberal, ha querido asociarse jubilofo a la civica recordación que la república toda dedica hoy para celebrar la fecha centenaria del nacimiento del Mayor General Camacho, por mil titulos ejemplar, e ilustre, entre los varones esclarecidos que durante la vida de Bolivia encaminaron sus esfuerzos perseverantes en el sentido de defender su existencia, de mejorar su organización política, y de alentar sus progresos morales y materiales.

Los liberales de todo el país se unen pues en espíritu con nosotros, para rendir un homenaje especial de gratitud a la memoria del hombre que ofrendó a su patria, como la floración mas bella de sus levantadas aspiraciones y de sus patrióticos desvelos, la organización de nuestra agrupación política. Es al pié de la bandera gloriosa que él nos legara, que nos cumple el honor de saludar ésta fecha, poseidos del mismo entusiasmo, animados por la misma decisión, y llevando en el alma ideales de mejoramiento civico e institucional tan intensos como aquellos de que se hallaba saturado el corazón del fundador del partido. Esos ideales que compartió con él lo más granado de la juventud boliviana en las dos pasadas generaciones, presentan hoy una base de acción de tal manera amplia y fecunda, que en ella puede la generación presente, y podrán las futuras, hallar medios para el manejo de todas las nuevas modalidades sociales, y solución para todos los problemas que el avance de los tiempos y la cambiante



estructura del mundo imponen a la democracia, en su afán de aumentar el bienestar humano, que es su finalidad única.

Y acá, en este ambiente de veneración que contribuye a crear la comunidad de nuestros sentimientos más íntimos, alejados ya por lapso considerable de tiempo de la época heroica en que el liberalismo adquirió carta de naturalización en medio de la ciudadanía boliviana, se nos presenta una ocasión oportuna como pocas, grata cual ninguna, para retemplar nuestros espíritus, evocando con unción engendrada por el más puro sentimiento nacional, la figura prócer del iniciador de nuestro linaje político; para rememorar las palpitaciones de su noble corazón, materializadas en el programa que él formulara para nuestro partido; para modular en fin de nuevo, nuestra inquebrantable fé liberal, y renovar la confianza que nos acompaña de poder continuar la obra, ya larga, que el espíritu y la acción liberales han realizado en el país, abriendo nuevos surcos en la conciencia ciudadana, y contribuyendo a transformar también materialmente el campo que debe servir de teatro para la aplicación de sus esfuerzos.

Durante el día de hoy, exponentes de todas nuestras actividades políticas y sociales han dicho en palabras rebosantes de sinceridad y de cívico fervor, el elogio de la obra magna que el General Camacho realizó en sus múltiples y fecundas actividades. Su vida, reconstruida en sus más típicos y gloriosos contornos, ha sido presentada una vez más a la consideración del pueblo boliviano, como un ejemplo de los raros y atrayentes que ostenta su moderna historia.

Camacho resurge así hoy, aureolado por sus virtudes preclaras, y depurado por el tiempo de las sombras que la incomprensión y la rivalidad política quisieron proyectar sobre él, cuando, haciendo justicia a sus merecimientos excepcionales, el pueblo le convirtió en su



idolo, desencadenando las iras de quienes simulaban tener su apoyo, y corrompian su conciencia.

Cúmplenos acá rememorar, seguir y proyectar su acción en la labor política, a la cual dedicó la mejor parte de su vida, aquella que por la madurez de las ideas, por la serenidad del espíritu, y por la plenitud en el dominio de los sentimientos, debía dar por resultado obra que le sobreviviera, y que le permitiera llevar a sus conciudadanos, a través de la tumba y del tiempo, el apoyo espiritual de sus conceptos básicos y de sus ideales de mejoramiento institucional para fomentar el desarrollo futuro de esta patria, que él veneró con ardor, y honró de modo invariable.

---

Sucre, en los albores de la república, luciendo su genio militar hermanado, con una extraordinaria cultura política, había dejado como huella imperecedera de su paso luminoso por Bolivia, el ejemplo más destacado del hombre de guerra, que teniendo al alcance de su mano el empleo de la fuerza, la pone incondicionalmente al servicio del derecho, y la une de modo exclusivo en su defensa y apoyo.

Cuando se analiza la estructura mental y moral de Camacho, y se sigue la participación importante que él tuvo en medio siglo de nuestra historia, se advierte que la sombra tutelar del Gran Mariscal de Ayacucho no había abandonado la obra de organización de Bolivia que en vida le fuera tan cara, por lo mismo que las pasiones la trocaron en fuente de sufrimientos y de amargas decepciones. La pureza democrática de su espíritu; la modestia ingénita de todo su ser; y la perseverancia incansable para alcanzar el noble objetivo de sus ensueños, coinciden en Sucre y en Camacho, haciendo de éste un esforzado sucesor de aquel.



Camacho llegó a iniciarse en la carrera militar, donde iba a destacar tan ejemplarmente su acción, después de haber nutrido su espíritu en disciplinas jurídicas, llevando tan hondamente arraigados los conceptos de legalidad y de justicia, que no solo ellos determinaron su entrada al cuartel, sinó que no le abandonaron luego en hora alguna, conquistándole sin duda los mayores y más sólidos prestigios entre sus compañeros de armas, y especialmente en el corazón del pueblo, que veían así una espada manejada por mano vigorosa, pero dispuesta siempre a defender las causas justas y nobles.

Las cicatrices gloriosas que su cuerpo ostentara desde temprana juventud, recordaban toda su intrépida intervención defendiendo las instituciones en el interior del país, y la honra y el patrimonio nacional en el extranjero. Ellas le valieron de credencial honrosa para ser reconocido, por propios y extraños, como el paladín de la justicia y el abanderado del honor.

Saturado completamente de ideas liberales, fácilmente se trocó en apóstol de su fé y la prestigioó, aceptando el martirio que más de una vez fué el medio empleado para silenciarle. No era en verdad muy adecuada la época en que le cupo actuar para la propaganda de ideas que herían gravemente los intereses y las prácticas de los gobernantes contra quienes se rebelaron sus energías. El espíritu liberal había ciertamente modelado desde el comienzo la revolución emancipadora de América. Chuquisaca había utilizado el medio poderoso de su universidad famosa, para asimilar y difundir por el continente las ideas renovadoras que en el viejo mundo y en el nuevo habían ya cambiado el orden de cosas existente, abriendo para los destinos humanos un horizonte promisorio, alumbrado por la libertad, y cruzado por senderos de paz y justicia que ofrecían a la actividad y a la iniciativa individuales oportunidades ilimitadas de acción.



No fueron empero ni continuados ni persistentes entre nosotros los avances del espíritu liberal. No bien obtenida la independencia e incorporados principios liberales en nuestra constitución, el cesarismo y la demagogia, los déspotas y los tiranos, en sucesión desconcertante, eclipsaron con cortisimos intervalos, nuestras conquistas liberales, deformaron su sentido y obstaculizaron su acción.

Pero así como la luz, una vez producida, no cesa, ni puede cesar, en su acción para disipar las tinieblas, así el espíritu liberal velaba por los destinos de la república, manifestándose aunque fuera de modo intermitente, en medio de la orgia de las pasiones, denunciando su presencia por el brillo intenso de determinadas actitudes personales, refugirándose en los cenáculos de la oposición, templando el espíritu de resistencia, y conquistando de nuevo, lenta y silenciosamente, primero las almas selectas, y luego el corazón popular.

Naturalmente que en la brega, que fué larga y porfiada, los destinos de la patria vinieron muy a menos. La vitalidad del país quedó agotada, sus riquezas no pudieron desarrollarse, y la incultura de sus masas permaneció inmutada. El desorden y la anarquía habían hecho su obra. Arrastrado el país en tales condiciones a una guerra injusta, su derrota debía ser consecuencia fatal de sus pasados extravíos.

Allá Camacho, el soldado que desde sus mocedades había soñado en una patria organizada y fuerte, y el hombre de ley que había impregnado su espíritu en los más sanos principios democráticos, derramó copiosamente su sangre, como holocausto por faltas en que él no había incurrido, pero cuyas consecuencias le tocaba expiar.

Vuelto a la vida milagrosamente, como reservado por el destino para alguna misión excepcional, pudo consagrarse en el cautiverio a pensar en los males de su



patria que acababan de tener tan cruenta culminación. Le cupo, como al Nazareno alejado en el desierto, dedicar largos días de meditación a pensar en los pecados congénitos de su raza, y a ofrendar sin reserva todo su ser, y el resto de su vida, para redimir su patria de las taras que la habían conducido a la inmolación.

Y allá, en aquellas horas inacabables del cautiverio, atormentado su espíritu por el recuerdo de la desorganización que había envuelto a Bolivia por largos años en una atmósfera aniquilante de odios y de concupiscencia, estimulado también sin duda, por la observación del país que le retenía prisionero, donde el progreso de las ideas y la práctica de las instituciones, habían formado ya un general estado de conciencia cívica; condensó su pensamiento en el propósito obcecante de dedicar su actividad, sus prestigios y su experiencia a la formación de un partido organizado, que sirviera en Bolivia de valla al renacimiento del despotismo, y protegiera como un escudo, el futuro avance de las instituciones y la dignificación del ciudadano.

Compenetrado de su ideal, armado por sus propios méritos, caballero andante de la libertad y cruzado de la democracia, volvió a Bolivia trayendo en sus manos una espada cuyo brillo se había incrementado grandemente, y por adarga nuevas y gloriosas cicatrices recibidas en guerra internacional, suficientes para impedir que sus ideales fueran profanados.

Acababa de pisar el suelo patrio, y la sinceridad de sus propósitos debía ser sometida a ruda prueba. Venía cubierto de gloria, en medio de su propio infortunio. Su nombre había sido exaltado por la gratitud de dos pueblos que admiraron en él al guerrero de más clara concepción táctica y de mayor habilidad estratégica. Sus enemigos habían hecho justicia a sus méritos. Los bolivianos le debían reconocimiento eterno, recordando que bajo su dirección había sido salvaguardado



el honor nacional, y le aclamaban las bendiciones de quienes con él habían sufrido las penalidades de la campaña y las privaciones del cautiverio.

Tambaleante aun en Bolivia de modo endémico el orden público, y extendido el descontento, la figura de Camacho se presentaba excepcional para servir de personero a la sedición, y sus oídos escucharon con las primeras palabras de homenaje, la proposición perversa.

Erguido sobre el pedestal que por sí solo se había formado, y herido en lo más íntimo de sus patrióticos sentimientos, reaccionó al instante, respondiendo sin vacilación: *Viva el orden, mueran las revoluciones!* y dejó así colocado, de modo incommovible, justamente el sillar primero que en su ideología política había concebido para servir de base a la edificación que tenía en mira.

Y sobre esa piedra fué luego levantada la recia estructura del Partido Liberal, tan sólidamente cimentada, que ni la acción disgregante del tiempo, ni el vendaval de las pasiones, ni la descarga continuada y demolidora de los rayos que la pasión dirigiera sobre ella, han logrado mellar su formidable contextura. Lejos de ello, como aquellas obras ciclopeas destinadas a desafiar la acción de los siglos, las bases que su creador quiso dar a nuestra organización política son tales, que sobre ellas puedan desarrollarse superestructuras que aumenten su utilidad social, y ensanchen su capacidad, mejorando y haciendo cada día más completo su conjunto; dando albergue a aspiraciones nuevas, estimulando nuevas actividades, y luciendo en sus nuevas ramas la lozania que ellas ostentan cuando se nutren por medio de la savia de troncos añosos, pero sanos y llenos de vigor.

---



## El programa liberal histórico

Poniendo como base de acción, y como instrumento de convivencia social el orden público, el General Camacho definió el espíritu que debía alentar al liberalismo boliviano expresando que él perseguía: «La legítima expansión de todas las actividades sociales en sentido del progreso». No podía en verdad haber encontrado una pauta que pudiera dar mayor precisión, y reservara al mismo tiempo más completa amplitud para fijar el campo de acción de un partido cuya actividad no podía ni debía ser ocasional o intermitente. El partido liberal debía perseguir fines «legítimos» y orientarse invariablemente hacia «el progreso».

Todos los medios legales quedaban en consecuencia dentro de su radio peculiar de acción, y solo debían excluirse de sus objetivos de propaganda y de labor efectiva, la regresión y el estancamiento. Su finalidad era evolutiva, y mal se acomoda con un proceso de evolución espiritual el conservantismo en las ideas y la indolencia en la acción. Su predominio conduce fatalmente al retroceso social, y era justamente para prevenirlo y evitarlo que se buscaban nuevas disciplinas políticas.

Pero el ansia de innovar y la precipitación en producir cambios fundamentales en la estructura social, podían también por sí solos comprometer la realidad efectiva del progreso, y determinar el naufragio de los principios, produciendo además, como resultado, la postergación del avance material que era parte del objetivo anhelado. Previniéndolo el inspirado programa original de partido, establecía que el liberalismo boliviano «se propone las reformas progresivas, lentas y paulatinas que demandan las condiciones sociales del pueblo, su ilustración o ignorancia» y agregaba que, para alcanzarlas, debía consultarse: «la opinión independiente de la mayoría nacional».



Ponia al efecto como elementos indispensables la tolerancia, que era base ideológica incommovible de los principios liberales; la propaganda, medio democrático para crear ambiente social a determinadas reformas no comprendidas o infundadamente resistidas por el pueblo; e introducía luego el factor de la voluntad nacional como esencial e insustituible para intentar reformas no sólo útiles, sino también duraderas.

Todo este programa de acción necesitaba como instrumento indispensable, la elevación moral del ciudadano, y el reconocimiento de todos sus atributos esenciales, desconocidos y violentados por la autoridad, antes de la emancipación individual que fué la nota característica del cambio espiritual operado en la concepción política del mundo a fines del siglo XVIII. La escuela liberal boliviana, que Camacho definió en el programa histórico del partido, necesitaba confiar a manos entusiastas que hicieran germinar nuevamente y que cultivaran con cariño, estos principios que informaron también nuestra emancipación política, pero que el cierzo helado del despotismo había casi extinguido de nuestro medio.

En enumeración completa, el programa liberal de Camacho cifraba pues el porvenir del liberalismo boliviano en «los derechos individuales que amparan la vida, la libertad, el honor y la propiedad del hombre, en la soberanía del pueblo, el sufragio popular consciente y depurado, la descentralización administrativa y municipal, la concentración y unidad política, la tolerancia de opiniones, la instrucción obligatoria para el pueblo y gratuita por el Estado, la libertad de palabra, la libertad de la prensa, la libertad de asociación, la libertad de trabajo y la inviolabilidad de creencias».

Incluía luego entre los postulados de su programa principista, la aspiración liberal de contribuir a la unión nacional. «Deben cegarse, expresaba el programa,



las fuentes de discordia social en la gran familia boliviana, siendo el partido liberal tolerante con las opiniones disidentes».

Encaraba igualmente el problema básico de la instrucción, diciendo: «tendamos al engrandecimiento y ensanche de nuestro sistema de instrucción popular; cuidemos de que nuestras escuelas, colegios y universidades estén de tal modo organizados y atendidos que correspondan a esos fines, y que nos produzcan esos hombres que darán mañana honra a nuestra diplomacia, glorias a nuestras armas» y con referencia al indio, establecía el deber de levantar su nivel intelectual, físico y moral, mediante un sistema de instrucción y educación especial, hábilmente combinado.

Aceptaba como fundamental la austera organización del poder judicial encargándolo, «al saber, a la probidad, a la honradez y a la competencia, para que no sea más, ni la recompensa funesta de las adhesiones políticas, ni del espíritu de banderío, ni de los trabajos partidistas en elecciones».

Finalmente, acordaba al ejército, a su dignificación y progreso, el rol preponderante que debía jugar en la nueva edificación de la patria, «aceptando el principio del servicio obligatorio para formar un buen núcleo militar, en un proporcionado pero bien organizado ejército de línea, que servirá de tipo para los que se forman en mayor escala», auspiciando también la creación de «escuelas militares, proporcionadas a nuestros recursos fiscales, y conforme a los mejores modelos que los estados civilizados ofrecen».

---

Y habiendo tomado como base el programa histórico del partido, los derechos y las prerrogativas individuales, procurando que ellos alcanzaran toda su fuerza,



su fundador, penetrado de la concepción de la sociedad con predominio individualista, que tan en boga se hallaba en el pasado siglo, y que tan necesaria resultaba como paso inicial en la reorganización de una sociedad desquiciada como la nuestra por los abusos del poder y por los zarpazos de la tiranía, exponía sus conceptos definidos para neutralizar la acción del Estado, acordándole la misión de presidir tan solo el desenvolvimiento de las energías individuales, diciendo: «ni la autoridad es una invención caprichosa del hombre que aspira a dominar sobre el hombre, ni la libertad es una creación fantástica del orgullo humano»; «de la armonía y equilibrio con que coexisten estos dos elementos, surgen el orden y la felicidad de los pueblos como su lógica consecuencia», «encargado de esta ley de contrapeso es el Estado, cuyo fin es realizar el derecho por la libertad, que busca el bien común de la humanidad mediante el perfeccionamiento de su naturaleza. De este modo el Estado fija el dominio de su acción tan solo en el derecho, dejando las demás esferas de la actividad humana completamente libradas a la iniciativa y espontaneidad personal. Garantías para los derechos, justicia para todos, ved ahí la síntesis del Estado. Desarrollo armónico de las otras esferas de actividad humana religiosas, científicas, artísticas, económicas, etc., bajo los auspicios y salvaguardia del Estado, es el complemento de las condiciones sociales necesarias al hombre para llegar a su fin»

Establecía, finalmente, en calidad de concepto liberal, que «como cumbre que corona la cima, como remate de ésta elaboración política, viene la FEDERACION, término de las aspiraciones sociales, y objetivo por cuya posesión lucha incesantemente el liberalismo».

Así quedó organizado el Partido Liberal de Bolivia, como agrupación de paz y de progreso, trazándose en la aurora de su existencia ese vastísimo programa de



propaganda, de acción y de mejoramiento para las instituciones y para la vida material de la república.

Comprendía bien, empero, el Jefe liberal, al trazar las líneas de ese programa, que todos esos derechos y aspiraciones, desconocidos en parte por los abusos del poder, y no sentidos aún acaso, ni apreciados en su valía por las masas indoctas, representaban instrumentos eficaces de democracia, cuyo uso no podía ser ni general, ni inmediato. En el propósito de buscarles atmósfera propicia, establecía pues muy atinadamente: «para preparar costumbres saludables que hacen la prosperidad de las naciones, hay que empezar por modificar las condiciones intelectuales y morales de la sociedad, instruyendo y educando a la juventud, principalmente la de las masas inferiores, en las sanas doctrinas liberales, perseverantemente inculcados con la palabra y el ejemplo; en la escuela y en el club, en la cátedra y en el templo; como autoridad que manda, como sacerdote que edifica».

Y luego, contemplando la magnitud de la obra que confiaba al esfuerzo del liberalismo boliviano, y considerando sin duda que la inconstancia y la volubilidad habían descollado como defectos individuales y colectivos en Bolivia, y que toda acción duradera requiere de perseverancia y determinación, decía: «para el desarrollo de este plan se necesita de tiempo, pero no del tiempo borrascoso, producto de los siniestros revolucionarios, sino del tiempo sereno, tranquilo y apasible, resultado de la concordia y armonía en que coexisten pueblo y gobierno; en una palabra, necesitamos del orden que está en el cumplimiento de la ley, y de la paz que es su obligada recompensa». «He aquí, agregaba, los múltiples objetos de la política interna del partido liberal, concurrendo como radios de un círculo a un solo centro: el engrandecimiento de Bolivia en el interior, y su respetabilidad en el exterior. He aquí la razón por



qué ese partido ha tomado por piedra fundamental de su programa y lema de su bandera, el orden en la ley, en contraposición al orden en el despotismo que impudentemente proclaman sus adversarios, y constituidose en el más firme sostén de la paz pública».

La acción del partido no fué sin duda fácil. Los vicios políticos inveterados y aliados estrechamente con la incultura pública, que intereses menguados se esmeraban por mantener y explotar, convirtieron luego a los liberales en mártires de su fé, y sus sacrificios y las persecuciones de que fueron victimas, vinieron desde entonces a rodear el credo liberal con una diadema honrosa, a la cual han contribuido sus adherentes en tres generaciones sucesivas, hasta tiempos demasiado recientes.

El jefe y fundador del partido, cuya memoria honramos ahora, consagrado reiteradas veces por abrumadora mayoría nacional para presidir el gobierno, y desarrollar desde allá su acción, vió su camino cerrado por la conflagración de los más bastardos intereses, por los prejuicios más rancios y por las más torcidas ambiciones. La muerte puso fin a sus nobilísimos afanes, cuando una nueva aurora saludaba al fin el triunfo de su partido.

### La obra liberal

Para juzgar la acción del liberalismo boliviano en el gobierno, bastaría establecer el paralelo entre la situación que el país tenía antes y después de las dos décadas corridas desde el derrocamiento del espíritu conservador, hasta la revolución que interrumpió la participación de nuestro partido en el manejo de los negocios públicos.

La base liberal amplia y comprensiva de nuestro programa histórico, permitió adaptar la acción liberal en el gobierno a las nuevas condiciones, y afrontar los nuevos problemas que confrontaron en ese periodo la



vida de Bolivia. El esfuerzo más decisivo y perseverante fué llevado por los personeros del partido liberal en el gobierno, para traducir a la práctica los principios fundamentales del concepto liberal.

La obra del partido en el gobierno, eminentemente humana, y por lo mismo expuesta a incurrir en deficiencias y a caer en defectos, a ser detenida o desviada, no sólo por la fuerza natural de resistencia que toda innovación encuentra, sino también por las características peculiares del medio, se presta sin duda a tachas preñadas de pasión, y a críticas que la emulación y el despecho inspiran. Aceptémoslas, con la tolerancia que nuestro propio credo acuerda a la opinión ajena, pero mostrando nuestra obra efectiva, declaremos con firmeza, no exenta de legítimo orgullo, que a pesar de tales deficiencias y por encima de ellas, el partido liberal hizo obra constructiva; que él modificó fundamentalmente las condiciones del país y encarriló sus progresos en forma tal, que muy otra sería su suerte al presente, si la obra liberal hubiera sido no digamos continuada, ya que sólo el espíritu liberal tiene deferencia y tolerancia para aceptar la obra ajena que considera buena, sino siquiera mantenida en sus rasgos salientes.

Pero esa obra pertenece ya al dominio de la historia. Ella sabrá aquilatar con criterio más sereno que el de los hombres que ahora viven y dan expresión sincera o insincera a sus sentimientos, hasta qué punto la obra liberal representó un avance, y hasta donde la obra de sus continuadores importó un retroceso. No debe ello inquietar nuestros espíritus, sino es como acopio de experiencia para prever en el futuro los obstáculos que nuestros personeros hallaron en su camino, y para evitar las dificultades, las fallas de criterio, o las deficiencias de acción, que no permitieron la realización cumplida de todos nuestros ideales.



## La evolución del pensamiento liberal

Lo que interesa grande y premiosamente a nuestro partido en la actualidad, en que se halla alejado de las responsabilidades directas del gobierno, es revisar y completar su concepción ideológica; tomar nota de las transformaciones profundas que el mundo viene sufriendo; hacerse cargo de las hondas inquietudes que sienten todos los hombres, pero en especial las generaciones nuevas, en esta hora de transformación general, y afrontar resueltamente la adopción de plataformas definidas, que sin salir del marco eminentemente liberal, y más bién reafirmandolo, encaren la nuevas tendencias, afronten los nuevos problemas y satisfagan en forma adecuada las nuevas necesidades.

Al frente de la sociedad en su actual estado de transición y renovación, podemos bien convenir en que la base eminentemente individualista de nuestro programa tradicional, ni la tenido en Bolivia los resultados que su aplicación dió en otros países, ni se presta para llegar a las finalidades de progreso que la situación imperiosamente demanda.

X Analicemos someramente el concepto. El abandono de las transformaciones sociales a la sola iniciativa individual, y al juego libre de las actividades de ese orden, meramente garantizados por la ley, operó durante el pasado siglo, el avance gigantesco de la industria, del comercio y de los transportes en casi todos los países de la tierra. Bolivia, pese a la inmensidad de sus recursos, no ha logrado iguales resultados. La iniciativa privada ha sido normalmente laxa y deficiente. Su acción, de otro lado, preciso es reconocerlo, se halla doblegada y supeditada por el cúmulo de dificultades que la topografía especialmente ha puesto en nuestro territorio, para permitir el libre desarrollo de la acción individual. A tales obstáculos materiales, ya difíciles de ser venci-



dos, se añade sin duda la conformación psicológica de nuestro pueblo, en la que, la indolencia característica de las razas autóctonas se muestra con rasgos notorios.

Así pues, si exceptuamos los casos aislados, y por lo mismo inadecuados como valor demostrativo, de contados industriales mineros que en diferentes épocas obtuvieron crecida remuneración en sus explotaciones, en conjunto, la vida económica del país ha corrido lánguida, vacilante y deprimida.

Cumple pues a nuestros anhelos de progreso y de transformación, pensar que la iniciativa privada, sin ser violentada, y reconociendo simplemente su pasada y demostrada impotencia entre nosotros, sea, primero, substituída por una vigorosa acción pública en todos aquellos campos en que sus medios se manifiestan débiles o nulos para laborar, y luego, que ella sea ponderadamente limitada en sus posibles ganancias, para evitar que tome, en beneficio propio, los frutos que puedan ser resultado directo de la aplicación de energías y de elementos colectivos.

No intentamos al encarar nuestros problemas sociales desde este punto de vista, proclamar un socialismo de estado, ni menos recomendar al partido liberal que abandone su credo principista y su tradición, para tornarse en un partido socialista. No! Más eficaz que el socialismo de estado, expuesto a todo género de contratiempos y de fracasos en un país sin preparación técnica, sin experiencia industrial y sin capitalización amplia, se recomienda sin duda la simple acción social del liberalismo, que no cancela la iniciativa individual, sino que la protege y estimula por acción pública, removiendo obstáculos, acopiando medios y preparando hombres y capitales; acción social del liberalismo, que suple la iniciativa privada, cuando ella no da señales de vida, y que comparte con ella los éxitos de la labor común, tomando para el estado la parte que justamen-



te le corresponde por su contribución al resultado obtenido.

Encarados nuestros problemas así espirituales, como materiales, desde este punto de vista, eminentemente liberal, pero de un liberalismo que ve en la acción social no un resultado, sino un poderoso instrumento de progreso, todas las disciplinas de nuestro partido recibirían el influjo de una nueva y poderosa luz renovadora, haciéndose más adaptadas a las condiciones de los tiempos actuales, y más conformes también con la experiencia que tenemos recogida.

Bolivia, poniendo en práctica esta forma de eficiente cooperación social, podrá remover los obstáculos que hasta ahora han impedido que su suelo sea cruzado por grandes obras de vialidad; estimulará vigorosamente el aumento de su población; garantizará y atraerá mejor que ahora la inversión de nuevos y fuertes capitales, y se hallará en condiciones de regular su sistema impositivo y de transformarlo, en términos de participación, que aumente sus recursos, sin ahuyentar a los capitalistas y sin aniquilar a los industriales, impulsando también, decisivamente, el mejoramiento de las clases obreras.

El resto de la ideología de nuestro partido no necesita ser modificado sustancialmente, a mi juicio, siendo apenas recomendable una adaptación a esa moderna e imperiosa tendencia. No en vano han corrido en efecto los cincuenta años que nuestra agrupación viene golpeando vigorosamente la conciencia ciudadana con una prédica constante de tolerancia y libertad. Si llevamos nuestros recuerdos a épocas acaso no muy lejanas, podremos constatar con beneplácito el avance incontestable del espíritu liberal en la gran masa popular de nuestra patria. La transformación ha sido tan completa, que no existe ya hoy día agrupación alguna que se proponga la defensa de ideas conservadoras, siendo



todos los programas políticos de los partidos militantes basados en una ideología liberal. Ese avance en los sentimientos del pueblo boliviano, le permitirá incorporar a corto plazo en su constitución y en sus leyes, disposiciones que importen la emancipación definitiva de su conciencia, y que le permitan organizar la familia en forma más humana y más adaptable a su felicidad.

Salvando el aspecto económico,—y en él encuadra, como queda enunciado, la cuestión obrera—, terrenos en los cuales se imponen las más grandes modificaciones de concepto y de política positiva, los demás problemas requieren tan solo perseverancia en nuestros ideales para obtener cumplida realización.

El liberalismo boliviano, con la percepción clara de sus deberes cívicos, hallará siempre medio de realizarlos, a través del laberinto de hechos que ahora complican los destinos de la humanidad, y que por fortuna sólo en forma elemental y simplista se presentan, en general, entre nosotros

---

Hallo perfectamente aplicables a nuestros propósitos, y encuentro un positivo apoyo a los ideales de renovación que en esta ocasión solemne me he permitido someter a consideración del partido liberal de Bolivia, los siguientes conceptos que el ilustre Presidente de la Universidad de Columbia, Dr. Nicolás Murray Buttler, dedica, en estudio reciente, al comentario de la situación del liberalismo en el mundo, y a sus deberes en la hora actual: «No será nunca bastante sin embargo, dice el eminente profesor, que el liberalismo descanse sobre sus laureles, señalando lo que ha realizado a través de los años y siglos transcurridos. Debe hallarse preparado para defenderse de las acusaciones que el Comunismo le atribuye por el orden social existente, con la expe-



riencia pasada, a fin de ajustarse y modificar su política tomando una razonable proporción de la crítica comunista, para mantener las conquistas fundamentales del liberalismo. Una doctrina de mero *laissez faire*, de mero dejar hacer, no sería ahora suficiente. Ya tuvo su lugar, y lugar muy importante en tiempos pasados; pero el movimiento económico de la última centuria ha traído el convencimiento al liberalismo de que el *laissez faire*, no podrá, durante mucho tiempo más, satisfacer las necesidades liberales. Esos hechos resultan como inquestionables de la condición ya señalada como una de las consecuencias de las empresas individuales, que ahora puede comprenderse que hayan ejercido grandísimo poder sobre la vida, las ocupaciones y las recompensas de los hombres. Permitir que ese movimiento avance sin restricciones, sería establecer un despotismo de clase bajo el nombre de liberalismo, que sería lo bastante tiránico para confundirlo con un genuino despotismo análogo al atribuido al proletariado en un estado comunista».

«Cuando un país, agrega, comienza su juventud política, siente la necesidad tentadora de atraer nuevos colonizadores, nuevas exploraciones, nuevos desenvolvimientos, sin importarle a nadie por el momento quién controlará las fuentes de la riqueza, las de las fuerzas motrices, las de las grandes florestas o de los minerales. Más tarde, sin embargo, la dependencia en que cae el país por el dominio individual de sus recursos naturales, se hace tan evidente, que el liberalismo no necesita inventar, porque ya lo ha hecho, formas y medios de proteger a los habitantes contra la explotación individual que se funda en la libertad política, económica y civil. Es entonces que se abre una inmensa área de dificultades y de disputas, que son las que hoy ocupan la atención de los hombres inteligentes de casi todos los países cultos. Las olas de prosperidad y de depresión



en los negocios, la temporal y a veces la permanente desocupación de un gran número de trabajadores, y las leyes en defensa de los individuos dependientes o envejecidos, empiezan en todas partes a ser vigorosamente examinadas y debatidas, con proyección a resolver los problemas que ellos levantan ante el espíritu liberal, y de acuerdo con sus principios. No hay más efectiva respuesta al comunismo, que guiar así el liberalismo, ayudándolo a desenvolver y a aplicar concordantemente sus principios, de modo que puedan resolverse estas cuestiones y otras análogas, por un camino conveniente para todos los hombres y en todas las esferas, tanto por el desinterés en el esfuerzo, como por el éxito en su ejecución política».

«El liberalismo tiene el porvenir en sus propias manos. Si se mostrara indolente a toda oposición y crítica de los otros, ignorando nuevas proposiciones alternativas de organización social y económica, e insistiera en apoyar al individuo que ya ha sido exaltado, sin preocuparse del perjuicio que pueda producir a la colectividad su exaltación, el liberalismo infaliblemente tocaría a su fin».

«Como acontece siempre con todas las cosas que se producen en el curso ordinario de la vida, el punto de partida y el fin que persigue el liberalismo necesitan ser definidos y conocidos con claridad. Lo esencial será siempre que con sinceridad y valentía se realicen los fines que el liberalismo permita o invite a realizar. No será nunca por medio del comunismo, como los intereses individuales y los de la colectividad puedan llegar a reconciliarse y a progresar. El liberalismo, hasta donde el conocimiento y la experiencia humana permiten afirmarlo, él solo, como liberalismo, puede hacer todo eso. Perdiendo de vista al individuo, en cambio, el comunista necesariamente llevará al desastre la causa de la humanidad».

---



Nacido en un hogar donde la bandera liberal fué izada al tope el día mismo que se ofreció a la custodia cariñosa de los amigos personales e íntimos del ilustre General Camacho, y que desde entonces no ha sido jamás arriada, experimento una fruición íntima, al presidir este acto de homenaje político, y al poder ofrecer estos anhelos de renovación de nuestro programa a mis correligionarios políticos, dedicándolos en este día a la memoria del patricio que soñó con horas de grandeza para la patria, y que retirado del escenario de la vida, dejó la realización de sus ideales evolutivos a los liberales fieles y leales a su causa, que debían sucederle para exaltar sus virtudes, y para seguir entusiastamente la senda que él señaló, animoso y vidente, hacia el engrandecimiento de Bolivia, creando un organismo vivo: el Partido Liberal, capaz de intentar reformas progresivas en el sentido invariable del progreso.

La Paz, 4 de noviembre de 1931.

J. L. TEJADA S.

